

EL ÚLTIMO ES LARGO

Eudomar Santos

EL CONFLICTO

A nuestro respetado J.E.B

Los años sesenta algunos lo recuerdan como el inicio de una generación provista de cambios fundamentales, donde nuevas tendencias fueron surgiendo sin la intervención de gobierno alguno. Así ocurrió primero con la música, dotada, entonces, de una mezcla de nuevos ruidos que un cuarteto de jovencitos oriundos de Liverpool empezaron a ejecutar con tanta gracia. Luego corrió como pólvora las demás personalísimas tendencias en otros ramos de las bellas artes. La tecnología no se quedó atrás, los computadores del tamaño de un brontosauro empezaban hacer gala en sus primeras apariciones, y por último, se incorporó una cualidad moral, un nuevo estilo caprichoso y libre que emergía de una sociedad, que entonces, todo lo cuestionaba: Los Hippies. En fin, el mundo dejaba de ser como antes. Esta década, entonces, que para muchos representa eso y mucho más, para mí, un hombre desprendido de nuevas tendencias, significó otra cosa. Aquellos tiempos no serían recordados con especial atención si no fuese por lo que más tarde llamé el inolvidable taller de la muerte.

Para ser exactos fue en el invierno del 63'. Cursábamos el último año de maestría en creación literaria. Aquel sería el último taller que faltaba, y listo, una vez aprobado, seríamos acreditados por esta universidad prestigiosa (que me han pedido no mencionar) para literalmente ser maestro de la creación, título, que tiempo más tarde comprobé no me sirvió para nada. El invitado, en esta oportunidad, era el filósofo Mastrolonardo Yenakidhej, una eminencia catedrática traído desde el más desconocido punto de Arabia Saudita, exclusivamente para impartir el famoso curso. El taller se impartiría en una biblioteca abandonada de la Universidad puesto que fue el único lugar que el benemérito demandó como escenario para dictar su materia. Se

decían muchísimas cosas del hombre, por ejemplo, que era un obsesionado con la caligrafía, que un día llegó a borrar doscientas cincuenta y tres veces, no sé quien las habrá contado, la letra Z porque decía que la rayita de abajo le salía muy larga. Hasta en la cafetería de la universidad se escuchaban rumores diciendo que era un viejo antipático, pero no era antipático el calificativo que mejor lo describía, aclaraba algún otro, era un hombre vultushonesto, y qué es eso preguntábamos, pues simple alguien que te dice las verdades en la cara. Sin conocerlo, ya todos lo admirábamos. Y de verdad, señores, que en cosas de genios, el profesor fue como pocos. Cuando llegó a la biblioteca aquella noche, sin presentarse ante ninguno, sin saludar, sin ni siquiera tomar asiento, nos gritó, léase bien, nos gritó que los mejores escritores alguna vez han vividos una de estas cuatro cosas: El contacto cercano con la muerte, la guerra, el exilio, o el estado vegetativo dentro de una biblioteca. Agitaba las manos furiosamente mientras repetía aquello como si fuera un requisito indiscutible de los buenos escritores, luego concluía que si ninguno de nosotros estaba dispuesto a vivir en carne propia lo que era vital para serlo, entonces que de inmediato podíamos salir por donde mismo habíamos entrado. Aquella presentación fue una simple muestra de lo que traía el hombre por dentro. Y he aquí entonces, después de tanta verborrea, lo que aconteció en aquella biblioteca, una noche del trece de noviembre del año mil novecientos sesenta y tres.

Éramos veinte estudiantes dispuestos en círculo. Allí en algún lugar estaba el profesor, cruzado de brazos, la barba azabache larguísima colgando en forma de clineja hasta el centro del pecho. Se levantó del asiento y se dirigió hacia el punto más equidistante del centro, de modo que todos por igual pudiésemos escucharlo.

— Lo único que estudiaremos será el conflicto.

El profesor lo dijo, quizá, como el inicio de una ilustrada y erudita explicación que resumía la causa, motivo, razón o circunstancia del por qué el conflicto en

cualquier historia era la médula espinal. Sin conflicto, decía, una historia no merece que sea contada. El profesor mientras fumaba tabaco en su pipa, continuaba explicando la cátedra con todos los puntos y comas, seguido de palabras en latín, cuatro expresiones que supuse eran árabes y otras seis palabras raras (o siete si coprolalia o clepsidra se consideran términos infrecuentes). Las dos horas transcurrieron rápido. Sin darnos cuenta, ya había dejado de caminar de un lado al otro, retornando a su puesto.

— Para mañana en la noche me traerán un pañuelo de seda, una postal de Alejandría y un profesor de matemáticas que acaba de jubilarse. Ninguno de estos elementos puede faltar puesto que serán el conflicto de nuestra historia. Si mañana regresan con las manos vacías, yo mismo los mataré persona a persona.

Al principio reímos un poco, pero a medida que el silencio se prolongaba sin una aparente mueca que demostrase que el magnánimo hablaba en sentido figurado, sospechamos, que el tipo realmente hablaba en serio. Estimados lectores, llegarás a estas líneas conmigo y de seguro dudarás, pero doy fe, que aquí cada palabra escrita ha sido prudente en no reproducir alguna mal llamada exageración. Prosigo. Llegó la noche del día siguiente y como era de esperarse, de los veinte alumnos sólo nos hallábamos cuatro, al parecer los únicos incrédulos, diría en aquel entonces, los únicos valientes. Nos reunimos esta vez formando un semicírculo. Esta vez algunos escritorios yacían dispuestos como si antes alguien ya hubiese estado allí, pero que a última hora, por miedo, o precaución, se habría arrepentido olvidando reponer el escritorio de nuevo a su sitio. Incluso la silla del profesor estaba vacía pero no tardó mucho en aparecer y ocuparla. Llegó sin decir nada, sin otra impresionante introducción, estaba mudo. Empezó por el primero de su izquierda como la lógica del sentido del reloj sugería. Yo sería, más por una cuestión de orden, el último en ser cuestionado.

— A ver, Borrás. ¿Dónde está el conflicto?

Borras quedó descolocado.

— Profesor, respetado profesor. Asumo que lo que usted propuso se trató de una broma. ¿No es cierto?

El profesor no respondió. Buscó su maletín, extrajo una pistola posándola justo en la oreja derecha del estudiante.

— No, Borras. ¿Dónde está el conflicto?

Borras y todos los presentes no pudimos ocultar una repentina agitación. Hasta que no accionara el gatillo y el ruido posterior lo dejase muerto, tirado sobre el suelo, yo, al menos no habría creído lo que mis ojos veían. Borras balbució nerviosísimo algunas palabras y ¡ploff!, el profesor accionó el arma.

No sé si ustedes han sido víctimas, en algún momento, del pánico pero los entendidos aseguran que preso de ella dos cosas pueden surgir: o corremos, o nos paralizamos. Pueden llegar a imaginar el estado en que me encontraba que apenas, por misericordia de algunas casualidades, tenían en mi maletín un pañuelo de seda con que me sonaba la nariz. ¿Y el profesor de matemáticas que acababa de jubilarse? ¿Y la postal de Alejandría? ¿Sería mi final, entonces?

El profesor se dirigió a la próxima víctima.

—Natalie, ¿Dónde está el conflicto?

La pobre ni siquiera alzó los ojos. Estaba reventada en llanto. El cuerpo temblaba tan rápido que parecía estuviese bailando el tuki tuki. Suplicaba piedad mientras se apretaba el pecho, decía tantas cosas a la vez, como si en la penumbra de la muerte, estuviese despidiéndose de sus seres queridos. Otro disparo. La muchacha se desplomó sobre el suelo. Mis ojos no podían creer todo aquello. Parecía una broma, un chiste de mal gusto. El siguiente fue un hombre mayor que en situaciones relajadas era algo disfémico, y en aquel momento ni les cuento cómo se las arregló para sacar de la boca las dos o tres frases que poco intentaron defenderlo.

— Aguilar ¿Dónde está el conflicto?

El señor Aguilar se enjugó los ojos y se resignó a la muerte con la esquiva mirada que decía que vaina con la vida, muchacho, bonita y extraña manera de morir. Otro disparo. Y por ultimo quedaba yo, que para ser lo más gráfico posible, digo que mi cuerpo de norte a sur era una diarrea emocional.

—Y tú, jovencito ¿Dónde está el conflicto?

Decía antes que en momentos de pánico surge una de dos reacciones. Yo agregaría una tercera, esta última capacita al cuerpo para que se desenvuelva de manera sorprendente en momentos de extremo peligro. ¿O acaso no han escuchado la historia de la mujer que frenó un camión con sus manos evitando que atropellase a su hijo? No sé si la historia es real, pero lo que sí sé, es que en aquel momento yo era esa misma mujer. No sé cómo pero pese al temblor que me delataba, pude mantener una aparente calma. Busqué mi maletín y extraje el pañuelo de seda y un ensayo de Tawfiq el-Hakim que empezaba a leer. Coloqué el pañuelo sobre el pupitre, y encima la obra.

—Honorable profesor. He aquí el pañuelo que pidió. He aquí también la postal de Alejandría, que si bien no es ninguna postal como aparentemente se nota, quien escribe este ensayo es un escritor Alejandrino que menciona, en alguna de sus páginas, algo de una postal que envió desde su tierra natal a su hijo que vivía en el exilio. El último conflicto usted me lo ha matado, librándome de esta prueba puesto que ni yo puedo comprobarle que el señor Aguilar era un profesor de matemática recién jubilado, ni el tiene la vida para negarlo.

Surgió un silencio.

Enseguida el profesor detuvo el pulso a la altura de mis cejas y de pronto, como si fuese un trueno que se escapa, reventó de una carcajada.

Se unieron también los tontos muertos que yacían tumbados sobre el suelo, primero sin poder retenerla empezó Natalie con una ola de risa contenida, que junto a

la tos, y el bostezo son de las cosas más difíciles de ocultar. Luego todos estaban muertos de risa.

El profesor y los tres alumnos volvieron a su respectivo puesto. Luego me señaló.

—Sin conflicto una historia no merece que sea contada, no lo olvides. Por otra parte debo anunciar que los alumnos presentes han sido aprobados, el resto, los futuros escritores que aún carecen de coraje para encarar dificultades, de ellos algún día me encargaré. Tal vez les ponga alguna otra pruebita...

Y de pronto se detuvo y nos observó con esa mirada tan infantil y exterminadora. Todos yacíamos partidos de la risa.

TIERRA DE NADIEN

Marquito decidió ir a la luna. La noche anterior, servido de un silencio y disimulo absoluto, llenó su loncherita de aquello que consideró importante y a la primera luz del alba huyó de su hogar. Para llegar sin problemas al terminal se valió del suelo del campo que, marcado por las pisadas de los gallos, los cerdos, y el arrastre de las culebras albinas, fungió de guía en todo el camino. Al llegar, presencié cómo el trote matutino de las vacas sobre la carretera y el movimiento culotar siniestro de las mulas, marcaban la apertura de aquel terminal maldito.

El autobús llegó como cuando aparece un hombre raquítico y cubierto de hojalata. El niño lo observó, esperó que se detuviese, se limpió los ojos polvorientos y esperó ser el último en entrar. Apenas subió, el conductor lo miró con una mezcla de espanto y escorbuto.

— ¡Y uste, mhijo, qué hace acá!

Marquito extendió el brazo y mostró una tongana de monedas de bronce oxidado que apretaba con su puñito.

— No pregunte na— y se las entregó al impresionado harapiento—, y lléveme pa la luna, que es donde está maita.

Don Irlando Jaramillo que tenía fama de conductor precipitado hizo un gesto con la cabeza, le recibió la tonga y lo hizo sentar en cualquier lugar. El niño, al paso, encontró al vulgo analfabeto examinándolo mientras se abría puesto en el estrecho pasillo. El pueblo lo miraba como presenciando el paso enclenque de un becerro. El niño bajó el rostro; tomó asiento.

Aquel viaje lleno de gallinas batiéndose entre jaulas, de soles colándose entre vidrios empañados, de aires salinos invadiendo la buseta, y de chanchos tirados en el

piso, duraría por lo menos tres horas. El niño, quieto, con el rostro incrustado en las afueras sumó la vista al paso lento de las aldeas cenicientas. De pronto encontró sobre una esquina, la inigualable tienda de Don Miguel, lugar donde compraba sus deliciosos caramelos de fresa y sintió un enorme fruncimiento del corazón. Quiso bajarse, pero se contuvo. Esparcidos como papelillos, vio también, a sus amiguitos jugando metras. Cuando el bus dejaba el norte de la inmensa esquina del pueblo, por último, presenció, y casi reteniendo el llanto, la inalcanzable e inútil presencia tétrica de su padre abatido contra la acera. Posiblemente lo habría estado buscando por todos lados, y al no encontrarlo buscó auxilio en el suelo, quedando, aquello, como la obra cumbre del cansancio y la desesperación.

Al paso del ruinoso camello mecánico no se escuchaba otra cosa que la eufonía del monte, junto a los bostezos de los campesinos. Sobre las rodillas, el niño reposaba su única carpa de exilio: Una lonchera, una revistica y una piedra lechosa que había recibido de su difunta madre. Apretó esta última y besándola, empezó a susurrarle un secreto como si la diáfana y enrarecida roca tuviese ojos, y oídos, y fragancia materna: *Ay maita cuando uste se fue pa la luna— decía con los labios pegados a la roca— se olvidó de llevarme; Paito me da palo, mucho palo; Paito me asuta cuando viene en la madrugaita hueliendo como el tío Leonida; Paito no me quiere, maita; Yo quiero que uste nomás me cuide, nadien más maita, nadien más; Allá en la lunita vamos a estar más mejor que aquí abajito; Aquí tengo al llanerito conmigo, y su piedrita— y la besó— para que me avisen cuándo bajarme.*

Cuando el sol estaba en lo más alto del cielo, el periplo se detuvo con un estruendoso cacareo de gallinas. El autobús se vació poco a poco y todos, al bajarse, dirigieron la mirada hacia Marquito. El niño, por intuición, entrevió la cercanía de la luna y prosiguió a bajarse pero cuando avanzó hasta la puerta, Don Irlando Jaramillo lo detuvo por el brazo.

— Y uste porqué carajo viene hasta acá. Dígame la velda.

Marquito, con su genio de párvulo rebelde abrió los ojos, apretó la boquita y de un tirón se quitó las manos de encima.

— Ya le dije, pue. Voy pa la luna a buscar a maita.

El viejo soltó un quejido. Se acomodó de lado el sombrero de paja y se bajó del autobús demandando que el joven aguardara unos segundos; buscaría, dijo, una persona que de seguro conocía. Marquito tomó asiento en el primer puesto y esperó los minutos que fueron necesarios para que el conductor llegase con un hombre de aspecto plúmbeo y mordaz. El extraño tipo, enseguida, subió al autobús. Al encontrar a Marquito, allí, sentado y abrazando su loncherita de Los Picapiedras, la revistica del llanero más solitario que nunca, y la piedrita perfumada, entendió que no se trataba del niño que esperaba aquel día. Marquito tampoco lo reconoció. El hombre se inclinó unos centímetros, abrió una sonrisa de pastor de iglesia, y buscó la mirada jugosa del niño. Enredando sus dedos entre los finos castaños del infante, buscó palabras precisas para familiarizarlo.

— ¿Vienes de Barrancabermeja, verdad?

El niño asentó. El hombre, continuó.

— Mañana sale un cohete hacia la luna, no te preocupes— y le acarició el rostro— iremos contigo.

Marquito, lleno de exacerbado gozo, empuñó duramente su piedrita. El hombre sacó un caramelo de fresa y se lo entregó. Antes de bajarse se detuvo ante el conductor, extrajo del bolsillo cinco billetes y se los entregó. El viejo los tomó con prisa, como queriendo olvidarse del acto, se los introdujo en el pantalón y los despachó inmediatamente. El horizonte dejaba entrever en su lejanía cómo el lobo tomado de la mano de su ovejita, desaparecía con el inclemente vapor que bañaba

aquella aldea fenecida. El conductor regresó al autobús y condujo rápidamente de vuelta al pueblo. Al rato, preso de asco, arrancó los billetes del pantalón y los tiró por la ventana. Al momento en que el deicida quiso dar marcha atrás y recuperar al niño, figuró, ya roto en llanto, que se encontraba demasiado lejos de aquella tierra.

CENTINO, EL PROFETA

Lo llamaban así porque alteraba el destino con cien palabras. Observarlo detenidamente era recordar esa imagen distorsionada que reflejan los espejos convexos, donde el rostro, el cuello y el torso se estiran, desafiando la simetría orgánica. Centino era un hombre solitario. Era lento y largo, tan largo que sus piernas parecían extensiones de los brazos, o viceversa. Decían que fue el padre del complot; que muchas de sus palabras reinventaron la historia de los pueblos, decían más; que los grandes gobiernos lo usaban para lavarse la culpa, porque si ellos podían culpar a alguien, entonces, la conciencia de todos pesaba menos.

Una cosa sabían de Centino: Jamás se reunía con su cliente. Por ello, el encuentro demandaba un escenario específico: la noche, un teatro abandonado, el cliente esperando en las butacas sucias, detrás de la oscuridad, con el rostro cubierto... Centino no pedía otra cosa. Una vez que hablaba, desaparecía como fantasma, sin dejar rastro y nunca más. En esta ocasión fue el gobierno de Sétat quien lo contrató. El país estaba expandiéndose a toda costa y lo único que faltaba en su extenso territorio era un puerto, tal vez, el de la Isla del Sariu que era el más importante del mundo, y que tras años de disputas con la Organización Protectora de Islas Pequeñas (O.P.I.P), no pudo conseguir. Por ello, evitando una guerra mundial, que de por sí pudiese perder, Sétat optó por su último recurso: La conspiración.

Centino llegó al lugar pautado como solía hacerlo. Lo esperaban tres hombres importantes. Sin ruido alguno apareció allí, de repente, sobre el centro de la tarima del teatro Saint Rue. De pie, tieso, con la silueta disolviéndose en la pésima iluminación ocre que apenas lo descubría acomodando un papel sobre el podio. Sus largas manos no se movían, se arrastraban. Alzó la vista hacia el fondo, (era un reflejo

que maldecía), y la volvió de inmediato sobre el papel. Se acercó al micrófono y pausado, empezó a leer:

“Primero: De ti saldrá la mariposa, jamás antes vista, que nacerá del mar y morirá en la tierra. Luego busca a tu hermana la enemiga, la del corderito docto y gracioso y envíalos al lugar que flota sobre el manto sagrado. Procura que los cinco mundos sepan que bajo el brazo llevas el pacto inútil. Allá lo rechazarán, se tragarán la lengua y devolverán la carta sin respuesta. Tu hermana jamás regresará, descenderá junto al corderito, cerca de la garganta roja. El mundo reprochará cómo David se vengó de Goliat, y tendrás, entonces, autoridad y licencia para gobernar. Y vencerás”.

Centino terminó de leer. Sujetó el papel en alto y con movimientos repentinos empezó a destrozarlo. Arrojó los restos sobre la oscuridad, y como un mago, desapareció. Los hombres tomaron nota y acordaron reencontrarse en veintidós días. El tiempo avanzó como si ninguna cosa importase más que resolver aquel acertijo. Se dieron cita en alguna dirección desconocida. En el antro estaban los tres sentados, cerca de una mesa redonda repleta de documentos. El hombre que hablaba lo llamaban el Doctor. Era el jefe del Servicio de Inteligencia:

—El equipo trabajó arduamente, señores —dijo, mientras de un maletín negro extraía un sobre manila. Sacó una foto en blanco y negro, y a la par colocó un documento con numerosos trazados en tinta roja. Los demás no reconocieron a la mujer de la foto. — Sin embargo—, continuó —no hemos resuelto del todo la profecía.

El hombre de la derecha era el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Se notaba algo nervioso, más bien, algo ansioso. Movía las rodillas, las hacía chocar sin detenerse.— Muéstranos qué falta, luego intercambiamos informes.— dijo cortándolo con la mirada. El doctor continuó:

—Identificamos la hermana enemiga —.Y señalando la foto, continuó —; N.G, único miembro femenino de la oposición; secretaria y militante del partido PFP; cerebro de diversas organizaciones antagonistas; 37 años de edad. En el 87 su esposo

muere en un accidente automovilístico junto a su único hijo. En el 92, su hermana es diagnosticada con cáncer y muere en ocho meses, cediéndole la custodia del hijo. No propiedades privadas.

— ¿Por qué ella?— preguntó el comandante.

—Por su sobrino, corderito docto y gracioso—. Y de un sobre extrajo otra foto en blanco y negro y señalándola, prosiguió: —Niño de 8 años, reclutado hace siete meses por nuestro programa de superdotados. Las pruebas indican que tiene un coeficiente intelectual superior al de Einska. Sabemos bien —prosiguió cerrando el tema —que N.G. no aceptaría nuestro encargo, puesto que al rechazar unirse al gobierno, nos vimos forzados a presionarla. O se retiraba por las buenas, o por las malas. Y decidió jubilarse a finales de año, y es aquí donde nuestra pesquisa pierde...

—Mi turno — interrumpió el comandante —. Con la información que ha proporcionado, Doctor, hemos armado el rompecabezas—. El comandante demandó atención, bajó la voz y continuó:

—... algo tan pequeño como el aleteo de una mariposa puede causar un maremoto en cualquier parte del mundo... Teoría del Caos. Señores, por siete años, hemos trabajado en un proyecto secreto, tanto, que ni usted, presidente, aun lo conoce.

El presidente intentó no mostrarse sorprendido.

— Lo hemos llamado El proyecto Mariposa — dijo, mientras con un pañuelo secaba un poco la frente, luego continuó— El arma es un misil submarino SX-675, insondable, con un detonador automático. Produce una onda expansiva en la atmosfera capaz de enfriar o recalentar el aire, dependiendo del tipo de concentración, generando un efecto meteorológico controlado. Es un arma altamente efectiva.

Los hombres escuchaban inmóviles. El comandante explicaba en un mapa que dispuso sobre la mesa, la trayectoria del fenómeno:

— Si lo detonamos en lo más profundo del mar Carh, crearíamos una ligera precipitación que avanzaría con los vientos meridionales hasta Sariu. Manipularíamos

su categoría convirtiéndolo en una terrible tormenta. Una vez azotada la isla, contactamos a N.G y le ofrecemos el cargo de fedatario. Si acepta, podría seguir operando en sus organizaciones. Además, dada la capacidad de su sobrino, nuestro comité cultural lo invitaría a participar en las actividades culturales ofrecidas a los refugiados. Es una propuesta que no rechazará. Luego, por todos los medios, anunciamos nuestro compromiso de reconstruir la isla, siempre y cuando, se nos permitan implementar ciertas modificaciones en su infraestructura. Por ello su gobierno deberá firmar la carta que hemos enviado. Ellos rechazaran. De vuelta, el avión se caerá cerca del volcán — y el hombre alzó los hombros como si esas cosas pasaran todos los días —. Es importante que la caja negra desaparezca en la lava — continuó — y el mundo pensará que ellos planearon el accidente. Pretenderemos el perdón, y en menos de una semana nuestra ayuda llegaría a la costa, y de esta manera nos quedamos hasta que el puerto sea nuestro.

El capitán terminó de hablar. Inconscientemente había trazado sobre el mapa unos garabatos inentendibles. Por último el presidente de la nación cerró la reunión con unas cortas palabras:

— ¡Ay Centino, Centino...que Dios te perdone!

KITSCH EN DO MINOR

En el pueblito de la esquina había un hombre que atendía a todos los enfermos. El hombre vestía siempre una bata blanca, y llevaba la cabeza como si los pelos fueran un par de intrusos, y las cejas raras como si fueran plumas de pájaro negro. Una tarde llegó a su consultorio una mujer que parecía de otro lado. Ella se adentró hasta el lugarcito que servía de sala y tomó asiento sobre un catre que había en el medio. La mujer empezó hablar torpemente como si de la boca le chorreasen las palabras.

— Doctor, Doctor, me han dicho que usted cura lo incurable. Sáneme este cuerpo, doctor. Sáneme el cerebro porque ya ni sé quién soy, ni cuándo nací, ni cómo he de seguir, así, con esta cara.

La mujer traía prendido el rostro de colores, tenía la bamba tan roja que parecía que aquello ardía. ¿Y los ojos? Parecían dos prostitutas, ¿y los cabellos? Eran como bichos vivos chamuscándose con fuego.

— Dígame una cosa— dijo el médico con un aire aburrido. — ¿Cuántas veces vamos a repetir esto?

— ¿Pero doctor de qué me habla?

— Muy bien, muy bien. Dígame lo que tenga que decir, se toma las pastillitas que yo le mande y espero no verla de nuevo, ¿me lo promete?

—Solo si usted promete curarme la cara.

— No prometo nada, pero bueno, dígame ahora, ¿qué es lo que le pasa?

La mujer buscó relajarse en aquel camastro, se acomodó de medio lado, se enrolló como si fuera un feto y murmuró unas voces como si de repente hubiese quedado completamente ida.

— Erase una vez, doctorcito...

— ¡Por Dios! Seriedad, ¿sí?

— ¡Ay pero que humorcito!; y si me vuelve a desconcentrar juro que arreglamos esto a puños.

— Continúe, por favor, continúe...

La mujer de nuevo buscó el silencio y se acomodó, esta vez, con unos cojines debajo de la nuca.

— Mire usted, doctorcito. Yo creo que me dejaron la cara así en la guerra...

El doctor la observaba distraído.

— No, perdone, yo creo que empezó mucho después de la segunda operación.

— ¿Podría definir un punto específico? — preguntó el doctor dejando escapar un largo bostezo.

— Muy bien, doctor. Fue esta mañana, antes de ir a la mina, cuando me levanté y me di cuenta que había dormido solo. Siempre mañaneo, siempre despierto al despertador y cuando me levanté no vi a mi señora al lado. Pensé que ella regresaría en la madrugada puesto que muy entrada la tarde tuvimos una fuerte pelea y se fue de la casa, y bueno, la verdaita es que yo fui el culpable y pensé que cuando regresara, yo mismítico le iba a pedir sus perdones, pero no regresó. Creo que me quedé dormido esperándola, y bueno, fue esta mañana, antes de ir a la mina, cuando me levanté y me di cuenta que había dormido solo.

—Sola, dirá, señorita Filomena.

—Solo, Doctor, no me ofenda. Mire que estoy harto de que me estén tratando de marica.

— Señorita Filomena ¿está consciente de lo que está diciendo?

— Doctor me vuelve a tratar de mujer y le rompo la cara.

— ¡Desnúdese!

— ¿Como dice, doctor?

— Así mismo, desnúdese, y si vemos que le guinda la cosa, entonces, yo lo declaro todo un varón.

Mirando a todos lados, como si estuviese consciente de que un mar de gente pudiera estar espiándolos, la mujer se levantó, se aproximó al hombre, se puso justo al frente y despejó un poco la bata a la altura de las caderas. Mostró, en tres segundos, anatomías propias de la especie masculina. El doctor sin examinar, sorprendido, demandó que la mujer volviera de inmediato al catre. Luego preguntó:

— ¿Cómo quiere que lo llamemos entonces?

— Filomeno, pues. Me cambia la letra final y yo feliz. Solo quiero que me llamen Filomeno.

— Pero por su aspecto...delicado, Filomeno, eso puede traer malos entendidos en la institución. No creo que proceda tal demanda...

— ¿Ah no?, ¿porque no? Así mismito como a usted lo llamamos doctorcito, y hasta nos chequeamos nuestras soledades con usted... o ¿acaso quiere que nos veamos con Perolito?

No, con Perolito no. Yo lo trato a usted como un varón y usted me trata como doctor, ¿de acuerdo?

— No se diga más — respondió la mujer.

— ¿Ya terminó? — Y sin esperar respuesta, el hombre señaló una fila que empezaba a crecer en el fondo— Mire que hay otros que esperan. No es la única.

— El único, dirá... Sí, queda algo más. Aun no he resuelto la cuestión por la que he venido.

— Dese prisa, entonces,...

— ¿Cuándo se me quitará esta cara de maricón?

— Uy, m'hijo, eso pasará si algún día salimos de aquí— respondió el viejo, esta vez, con la boca llena de verdades.

La mujer no entendió. Sin mayor queja recogió el cuerpo y lo condujo hasta la otra sala donde una gorda arrullaba un kilo de estopa blanco al mismo tiempo que

entonaba una canción de cuna. En sus brazos, la maraña de lino parecía un bebe, un bebe de algodón. ¹

¹ En Pablas de Sicotense, un hombre luego de someterse al cambio de sexo, presentó un tipo de amnesia conocida como anterógrada; Por unos instantes el género masculino olvidó que se había convertido en mujer. Esta historia fue inspirada en ese caso.

CUANDO NADIE NOS VE

*Hay que temerle a una mujer cuando odia,
pero más cuando ama.*

En el quinto párrafo alguien morirá. Descartamos por una cuestión de extensión, las muertes naturales o las efectuadas por actos terroristas. Se nos permite adelantar dos cosas: La primera, que la posible víctima pudiera tratarse del hombre que entra en la Catedral tomado del brazo de su futura esposa. El nombre de la supuesta víctima poco nos interesa, con llamarlo El Profe, nos daremos por satisfecho. La segunda, que el victimario se encuentra esperándolo entre los invitados enardecidos que ya han ocupado, a lo largo y ancho, los asientos de la iglesia; el homicida aguarda tiritando, con el pulso tenso y sujetando, a escondidas, el arma que ha guardado en la parte más lateral de su correa. Si todo sale bien, cuando la pareja marche sobre el pasillo y llegue justo al altar, proyectará a quemarropa los seis fusiles sobre la humanidad del pre-difunto.

La mujer ordenó que la catedral St-Catherine fuese recubierta de tulipanes artificiales verdes, que el suelo lo alfombrasen con una gruesa sabana verdosa con agujeritos en forma de estrella (aquello, más que una boda, parecía un inmenso taller de jardinería) y que hasta el cura, el pobre curita vistiera una especie de túnica limón perico. La pareja avanzaba abriendo un pasillo barrido de restos de brácteas ficticias; mientras lo hacían sonreían a los invitados de la sesión derecha, donde se ubicaban los concurrentes de la novia, y a los de la izquierda donde coincidían los condiscípulos del novio. La pareja fue acercándose al ritmo de la melodía que salía de la pianola y donde el cura, que a esta distancia parecía un saltamontes con biblia, los esperaba casi, podríamos asegurar, preso de vergüenza. El vestido de la mujer era larguísimo, la cola se chorreaba sobre el suelo con la ayuda de tres infantes que evitaban algún enredo

con las hojas; el hombre, por otra parte, vestía un esmoquin salmón cerrado en los puños, y traía a la altura de la muñeca derecha una esclava pulida cubierta de oro, cuyo brillo rechinante difícilmente pasó desapercibido ante la vista de los presentes. La pulsera nimbaba como si tuviese propiedades solares. El victimario la observó y sostuvo firmemente el revólver.

Y usted qué quiere profe, por qué pidió que me quedara; No es nada, sólo quería explicarte mejor el teorema; Profe pero si lo entiendo; Lo sé, lo sé, qué malo soy para mentir, ven acá y siéntate; No profe, mejor en la silla; No, calla, ven y siéntate acá y te muestro algo; Y si nos descubren profe; Ya todos salieron, hijo, ven y guarda silencio; No, profe, no siga, mire cómo me pongo; ¿Y así te hinchas siempre?; No profe, es la primera vez, esto no está bien, déjeme ir; Calla, hijo, calla, déjame verte; No profe, no; Sí, así; Profe usted es malo, todo lo que toca se hincha, profe; Calla hijo; Profe; Hijo, muéstrame tus manos, qué dedos tan delgados, qué belleza, qué largos y finos, ¿y esto?; Un regalo de mi padre, profe; Dámelo, deja ponérmelo y recordarás, cada qué vez que me lo veas, este, nuestro primer día; Profe, jamás se lo quite; Jamás mi amor, ni en la muerte.

La pareja por fin llegó al altar. El profesor delataba un nerviosismo facial, típico de solteros que van marchando hacia la horca, de pronto, como si escuchara algún disperso siseo de entre la multitud, tornó el rostro hacia la izquierda, donde lo recibió una muralla de rostros sonrientes, afanados, atentos, exultados, y se detuvo en un punto donde encontró una mirada negra y profunda que lo examinaba con particular atención. Aquellos ojos poblados de pelo muy negro eran hondos y huecos. Sintió aquella mirada como una cuchillada, reconoció en seguida el rostro, la boca semiabierta, la mirada, esa mirada como si latiese por terror, por un terror muy antiguo. Déjà vu. Ven acá y no temas; Profe no me haga daño; No mi amor, deja de temblar, relájate, respira, si te vieras la cara de espanto que tienes, pareces un cachorrito sin madre; Tengo miedo, profe; Lo sé, lo sé, deja de temblar, ven y

acuéstate, déjame acurrucarte, así, así, boca abajo; Profe, no me dejará nunca; Nunca; No me traicionará nunca; Nunca; Profe, siento su dedo en mi espalda; Y quién te dijo que ese es mi dedo; Ay profe, usted siempre tan gracioso; Calla y déjame incorporarme, deja que mi caricia te adivine; Profe, me está haciendo hombre y mujer; Sí, mi amor, cuando nadie nos ve somos todos los hombres y todas las mujeres; No me deje nunca, profe; Nunca; Usted es dueño absoluto de mi orgullo taurino, profe; Calla, calla, es hora de gritar.

Se produjo un repentino silencio que habría de romperse con las primeras palabras del cura. El anciano abrió la biblia y prosiguió, en latín, una breve inauguración. Los presentes tomaron asiento. El victimario permaneció de pie a pocos metros de la pareja. El profe lo observó fijamente, sin parpadear. Los invitados regañaban al victimario exigiéndole con muecas del rostro que tomase asiento como todos ya lo habían hecho. El homicida se abrió el saco, introdujo su mano en el costado y de pronto, sin saber de dónde, reventó el sonido del plomo: Ploff, Ploff. La Catedral se vino abajo de puros gritos, el caos empezó a llenar todos los espacios de la iglesia, los invitados corrieron de un lado al otro, se tropezaban entre sí, los banquillos se vinieron al piso, los niños en medio de gritos buscaban a sus padres perdidos en el semejante desconcierto. El victimario, también, yacía desorientado saltando de un lado al otro. Más de doscientas personas se desembocaron en la puerta de la Catedral de manera estrepitosa, como si fuese aquel cúmulo de gente un corcho de champán a punto de salir. Por otro lado, al fondo de la iglesia una cadena de brazos aprisionaba al asesino: un jovencito de algunos catorce años que tenía el rostro morado de puñetazos. Cerca de sus pies descansaba una pistola con el humillo vivo blanco saliendo de la boquilla. El victimario se aproximó hacia el cadáver que yacía con el rostro contra el suelo, se le veía sin dificultad el cráneo perforado, todo el cuerpo descansaba ensopado en sangre. El victimario se inclinó unos centímetros, buscó

rápidamente la mano derecha y arrancó la pulsera de oro. Segundos más tarde se perdió entre la multitud.

EL BOLERO DE RAVEL

Y era cierto lo de la sombra inexorable, la que jamás desaparece, incluso, si el mayor claror intenta disiparla. Esta sombra que se levanta sobre una de las paredes de mi cuarto, hoy, se ha vuelto una figura que mis ojos, tal vez en tiempos más ocupados, no hubiesen reconocido. Ahora veo claramente, allí, donde antes pensaba que una tímida oscuridad habitaba, capricho tal vez de la óptica, veo claramente, repito, la silueta difusa de un hombre. Mientras agonizo engorda la sombra, se hace más humana. Parece que ella misma saliese de la pared reclamando su tercera dimensión: la visible, la que toca, la que siente. Llega un momento en que todos los recuerdos, todas las fragancias, todas las agonías y tristezas, las sombras y los tiempos felices de nuestras vidas se reúnen en un instante. Ese instante (quiero pensar ahora) coincide con el último largo respiro que antecede a la muerte. En tal sentido una suerte de lucidez se precipita mientras nuestra alma en su fase terminal se opone lentamente al óbito inevitable de la carne. Yo, Juana Castellano, atada en esta cama, presa de las enfermas dolencias de mi vejez, quisiera morir no sin antes encontrar respuesta a una cuestión que solo tú, Arameo, podrías responder quizá en lo que dure mi sueño eterno.

Crecí en un internado de jovencitas en las afueras de la ciudad. Decían las monjas que en la navidad del 44', alguien tocó violentamente el portón de la casona; una de las sirvientas se apresuró en abrir, y al bajar la mirada me encontró allí, recién nacida y envuelta en un trapo negro. La inclemente lluvia inundó mi cuerpo dejándome, decían, como un pajarito remojado. La mujer me recogió, me secó con las mangas casi de un súbito reflejo y me puso en medio del mesón donde cenaban, y a la vista de todas las hermanas empezaron, inútilmente, a inferir los elementos de tanta desdicha. A partir de ese momento, ellas me atendieron de todas las maneras; dieron con mi educación, con el alimento y la ropa, y yo cual bestia ingrata mordí la mano que me sobó de manera desinteresada; un día (sería de tarde puesto que el sol se metía

entre dos montaña) me escapé del internado para nunca más regresar. Pienso (lo pienso ahora) que aquella infancia extraviada fue la más hermosa que bajo mi condición cualquiera hubiese tenido. Harto sabemos que si la rebeldía conspira contra la moral, el libertinaje renacerá bajo todas las formas. Fui víctima de eso, tanto, que a la hora de mi muerte no me he librado de los malos recuerdos. Yo, Juana Castellano, quiero morir tranquila, tal vez, como el elefante africano que tras perderse en el desierto, no lamenta su desdicha gastando su trompa con golpes de furia, por el contrario, se vence incrustando las rodillas sobre la superficie caliente a la espera de que algún día la tierra suavemente lo absorba.

Cuando recién cumplí los veinte (hacían ya cinco años de haberme fugado) conocí en la montaña un grupo calé que me dio lugar en su horda. El destino se empeñaba en servirme otro internado como refugio, esta vez, provisto de las inmundicias que yo misma daba como placenteras. Entonces los narcóticos, los néctares béquicos, la lujuria y la magia negra corrompieron lo poco que sobrara de mi cansada infancia. Una noche (recuerdo la montaña como una tienda abandonada en el vicio y la concupiscencia) un grupo de cinco o seis hombres, nunca logré saber exactamente si fueron tantos, irrumpieron en plena madrugada dentro de mi carpa y procedieron a mutilar cada centímetro de mi dignidad. Aún resguardaba conmigo algunas pocas vergüenzas y hasta eso fue devorado por aquellos lobos hambrientos. Tiempo después mi vientre engendró un pedazo de carne extraña; creció, el germen del odio y la simiente enferma, con sangre cualquiera, con la sangre de todos los hombres malos. Arameo, aquella madrugada irrumpiste cual ángel guardián defendiéndome de aquel pulpo de brazos, y bocas, y dientes. Tú fuiste escudo, y también la sal que cicatrizó mis heridas. Sin tu presencia me hubiese extinto. ¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué quitarse la vida? ¿Y dónde quedó la promesa del padre, del hermano, y del amigo que me esperó aquella vez frente al portón del internado para luego escapar mientras el sol se metía en las montañas?

A los sesenta las cosas ya no son como uno antes las pensaba; tampoco lo son las preguntas, ni los recuerdos. Creo (lo creo ahora) que cada reminiscencia que decidimos mantener hasta el final va creciendo junto a nosotros. Cuando era chica te veía con el cuerpo blanco, tus rulos grandes y grotescos. Luego te fuiste, y con el paso del tiempo, seguí vistiéndote con el mismo atuendo; esta vez tu piel hice más oscura, la barba árida, la mirada perdida. A los cuarenta años fuiste un manso indio de preguntas y recuerdos; una silueta indescifrable de sombras que veía por todos lados como una fatal coincidencia. A los cincuenta te envejecí; precisaste de un bastón para andar, de un sombrero para ocultar la calvicie, de un saco marrón para los días fríos y de una corbata azul turquesa para los días de fiesta. Y ahora, mientras agonizo, he podido finalmente detener el complejo y tedioso desgaste de tu piel; te he reducido la talla dejándote como aquel niño que mi vientre engendró. Ahora que te veo salir de esa pared como si desde siempre hubieses sido esa mancha cincelada por todos lados; algo imborrable como una mácula de grasa; te veo más lucido que nunca Arameo, ¿serás acaso un fantasma, serás real?, te pregunto entonces ¿por qué a medida que mi hijo crecía, por qué maldito hombre, por qué llevaba tus ojos, tu boca y la misma excitación de tu mirada? ¿Por qué lobo insolente, movía las manitos como tú? ¿Será por ello que a temprana edad también me lo quitaste? Pensé que la muerte era una mujer gorda que vestía de negro, justo como afirmaba Proust. La muerte ni es mujer, ni es gorda. La muerte es una mancha inexorable impregnada en la pared. Es una simple cuestión que solo aguarda el tiempo que necesita un bolero para llamarse Ravel.

BOVINO, O SE FUE

Seré la primera en abordar el tren; la primera de esta larga fila de madres y viudas sufridas que ha de embarcarse en el próximo tren con rumbo al muuspital. Todo sucedió recién despertaba la mañana, aun dormíamos, cuando los muumanos asaltaron nuestro hogar arrebatándonos los chiquitos de los brazos, y nosotras, ebrias aún del sueño respondimos tardíamente bajo una temerosa, y luego furiosa estampida persiguiéndolos hasta lo más oscuro del prado, y entonces, extenuadas y muy lejos de casa escuchamos unos pasos en medio de la nada; se acercan, grité, si, una manada de muumanos se acercaban con maderos en manos y entre ellos el *sindiente*, y supe entonces que había sido una emboscada. Nos volvimos locas. Corrimos de un lado al otro pretendiendo escondernos hasta por debajo de la tierra pero allí sin más, sentí acá, el impacto de un golpe traicionero y caí desmayada al suelo, y al levantarme advertí estas cadenas que me ataban, manos y tobillos, y luego volteé y encontré a una amarrada tras de mí, y a la otra detrás de ella, presa de brazos, y así la otra, y la otra hasta formar una larga fila de cienes de otras. Y qué hacíamos allí, paradas frente a los carriles como esperando la orden de atravesarlo. Nadie lo sabía hasta escuchar de nuevo esa despreciable cancioncita de estense lista mis mujeres que vamos a dar un paseito, y fue cuando supimos que abordaríamos el próximo tren con rumbo al muuspital. Y qué había en ese lugar; Y es que se dicen tantas cosas que atormentan el sueño más profundo. Por ello todas sin excepción evitábamos mirar a los muumanos y bajamos el rostro, mientras ellos nos gritaban como si no fuésemos de su mismo rango, y por ello, al albor de la mañana arrastrábamos el paso y así nos trataban de viejas arrimándonos junto a los niños; o renunciábamos a la comida y así el rostro se demacraba, desinflando la piel que colgaba flácida sobre el cuello y con esto engañar al muuamo haciéndole pensar que nosotras aún no estábamos listas. Pero todas estas destrezas fueron ligeras en su efecto, no bastó, y aun así aquel desgraciado se fijó justo

en mí, la más joven. Sentí cómo recorrió su mirada sobre todo mi cuerpo y me bautizó ese día, vertiendo agua sobre mi cabeza y clavándome un nombre que, cual sentencia, me redujo los días al lado de mi familia. Si, aquella vez el *sindiente* muul muujo de la muul muuta vino y me dijo; Filomena, filomena que bonitas nalgas que tenés, y me propinó un correazo que acabó con el alma de mis caderas, y luego esa misma noche en el callado del monte perpetró dentro de mi hogar y en presencia de mis hijos, de la tía y mi macho dispuso de mi inocencia y me violó. Y claro que se fue con la sonrisa placida, contaminándome el puño bisulco y mi reputación de hembra fiel esa misma madrugada, pero fui fuerte y seguí laburando con mayor cautela y pastando el mejor verde para que la miel de mis pechos surgiera nutritiva en boca de mis chiquitos.

Se sufre mucho cuando se tiene un nombre; Es como una herida, que al principio se abre en las mejillas pero luego con el tiempo se va desgarrando por todo el cuerpo hasta llegar un momento en que la próxima en abordar el tren eres tú. Sólo en mis oraciones a mi Santo, patroncito de las sufridas, mis lagrimas se liberaban, pero enseguida, la lengua me limpiaba de nuevo la cara. – Mi santo, has que una aluvión detenga el tren allá en el horizonte –

Y a dónde nos llevan; Y es que se dicen tantas cosas: que el tren llega vacío, se va llenito de nosotras y regresa vacío; Y es que se dicen tantas cosas: que allá nos quitan el pellejo estando vivas y cubren entonces, el suelo o nos hacen abrigo; Y es que se dicen tantas cosas: que las que menos desarrollamos músculos somos las más jugosas y succulentas, ¡Jugosas y Succulentas! como si el morcillo, mi lomo, el pecho y mi rabo integrasen la dieta de algún vertebrado. Si tienen frío por qué no se frotan entre ellos y verán cómo el calor aparece y si están hambrientos por qué no bajan el rostro donde el verde abunda y tragan de éste. Pero qué importa si después de todo nunca nos hemos quejado.

Y heme aquí esperando. No sé, si cuando llegue el tren el paraíso bovino, o se fue. No sé si al embarcar, llego a la villa donde mis viejos dijeron que iban mientras aquel día se despedían, o si al estibarme dentro del vagón el paraíso se fue, y lo dejé atrás junto a mis añojitos, ¡qué pequeños son aún!, Y mi hombre, ¡quién lamerá las heridas de su lomo cuando regrese de la guerra! Si me voy, San Rocinante, patroncito, cuídalos mucho. Si me voy – y allí viene el tren – caminaré con el mentón alto, sin transpirar los nervios, levantaré la cola y orgullosa como siempre fui, pretenderé mi belleza moviendo, aunque sea incómodo esta vez, mis nalgas de un lado al otro y rumiare el mayor de mis impropios al muul muujo de la muul muuta, enano y feo que ahora me observa con la sonrisa castrada, y tú, mi santo, escucha mi plegaria: No te olvides de nosotras tanto en el paraíso como en la tierra y concédeme la victoria de muuir sin tanto dolor; y que mi piel sea el peor de los abrigos, y mi carne, ¡jugosa y succulenta! la caguen los muumanos por un mes entero retorciéndole las tripas y lamentando entonces, no comer del pasto.

LOS COLECCIONISTAS

Y con la última reserva de aliento llegué hasta la cima de la montaña. Allí lo encontré sentado con la espalda erguida, simulando la postura del meditado. Me detuve, alimenté de nuevo los pulmones, calmé el pulso. Escurrí el sudor de mi frente que escapaba como si toda la fatiga se filtrasen al norte de mi cuerpo. Estoy sereno. Me dirijo hacia él cuidando que mi súbita presencia no lo asuste demasiado. Apaciguo la lengua y quebrando la voz me presento ante el anciano. No reacciona. Sigue allí, encarando el horizonte y el mar solemne que se muestra como un infinito manto índigo. Acelero el paso hasta alcanzar uno sus hombros y de inmediato el viejo interrumpe su trance onírico. Da media vuelta de un tirón, se levanta y exige de inmediato que me identifique. Volví a presentarme y luego pregunté, Dónde está mi padre. El viejo mostró obstinación y negando con la cabeza dirigió la mirada hasta el camino que desde ésta distancia casi desaparece: ¡Esos Bastardos!, dijo como esperando que en algún momento aparecieran por el camino. Esos Bastardos te han engañado, y volviéndose a mí, Te han... Yo interrumpí. Señor, los coleccionistas sólo me han dicho que usted sabe dónde está mi padre. El anciano se acercó un poco diciéndome que todo era una trampa y continuó, Son buitres que se alimentan de lo que abandona la vida. De qué habla señor, interrumpí ahora sintiendo que el corazón latía con mayor fuerza. ¡Si!, Y continuó, Qué han dicho esta vez de mí. Que usted colecciona foto de todos los padres perdidos, respondí, Y por qué no creerlo si hasta uno de ellos ha transformado el semblante, y ¡por Dios santo, era él! Puedo verlas, señor – ¡Basta! – interrumpió. ¡No colecciono nada! ¡Nada! Te engañaron como lo han hecho con todos. Este pueblo vive maldito, y sujetándome por ambos hombros, fusilando su mirada contra la mía terminó diciendo, Desde que llegaste, seguramente, han tratado de entrar en tu piel; y mientras duermes te huelen, te lamen, han tratado de cenarte pero no pueden porque la maldición es precisa y por ello te han enviado a

mí. De qué habla señor, insistí; Me han dicho que en el pueblo todos coleccionan objetos; cartas, fotos, vestimentas, calzados, billetes, estampillas; Magos, eso han dicho que son, magos coleccionistas y me han demostrado cual fácil es imitar el ruido de una mujer pariendo o el llanto de un niño, y la risa de un bufón y el canto de una codorniz. Ha sido hermoso. – ¡Basta! – interrumpió furioso el viejo, No es lo que coleccionan sino cómo lo coleccionan, joven, y bajó la voz, Despedazan todo lo que sobra en la muerte; el recuerdo, la memoria, el vestigio de un sentimiento, engullen la sonrisa, el llanto, el silencio y si uno de ellos te ha seducido con la efigie de tu padre ha sido entonces ése el coleccionista de rostros: ¡ Son muertos, joven! Al escucharlo fui víctima del pánico: ¡ Porque me han enviado a usted, entonces! El grito hizo eco hasta chocar con las montañas del fondo. El anciano volvió hasta el precipicio y señaló, ahora, un batallón cabalgando de sombras negras: Allí vienen, vienen por ti. Me asomé y sentí cómo la sangre fundía las partes más tibias de mi cuerpo. Retrocedí. Señor escóndame se lo suplico, y luego caí de rodillas. Joven, dijo mientras ayudaba a reponerme, La maldición me usa todavía, soy la última persona. Dicho esto aceleró la marcha y antes de hundirse entre la abundante maleza, sin volver la mirada vociferó en la distancia algo que el silencio absoluto dejó escapar: Yo colecciono el adiós.

Aquellas últimas palabras sirvieron para reventarme en llanto. Volví el cuerpo hasta el borde del precipicio. Tomé asiento. A los lejos, aquel batallón se aproximaba urgiendo el paso. Llegarían a la cima en cualquier momento y devorarían toda mi historia. Fijé la mirada sobre el mar y pude sentir la serenidad que transmite el vasto marino. Pensé en ustedes, hermanos y en mi verbo caliente que juraba traerlo vivo. Pensé en ti, padre y agradecía tus acciones, ahora, de hombre a hombre y de mujer a mujer. Bajé de nuevo la mirada y esta vez el batallón había desaparecido dejando sólo un rastro de polvo que se levantaba de la tierra. De pronto, a unos metros de distancias, escuché un tumulto. Olía a azufre. El cielo torno gris. El mar callado. El silencio se acercaba a

mi espalda con un ruido de animal hambriento y, aún así, cerré los ojos y en voz baja busqué palabras para despedirme pero fue inútil, ciertamente lo había olvidado.

ROSA, LA BUENAMOZA

A primera hora de la mañana, sobre mi escritorio, encontré una postal de Alejandría. Al voltearla había una nota escrita: Secuestro en la Biblioteca. Firma. Rosa. Nuestro equipo de trabajo se puso de inmediato en las investigaciones, arrojando que Doña Rosa, al parecer había abandonado el país, y que su esposo, un profesor de matemáticas recién jubilado estaba perdido, o al menos eso parecía como según informaron algunos pacientes del asilo. Cuando se nos permitió, nos dirigimos a la Biblioteca St-Catherine, puesto que, hasta donde se sabe, es la única biblioteca del país. Al llegar, en vez de encontrar a Don Gastón atado de pies y manos sobre alguna silla, tal vez golpeado, con un parpado goteando de sangre encontramos al bibliotecario, un viejo decrepito que por un momento se emocionó porque pensó, al ver tanta gente entrando, que la juventud había recapacitado tempranamente pero luego ya puesto al tanto e interrogado, nos entregó otra postal que le había llegado firmada por la desconocida mujer.

La postal decía Pañuelo de Seda. Y nuevamente nos pusimos a trabajar arduamente, transcurriendo dos activas semanas cuando uno de nuestros detectives informó que Doña Rosa había trabajado en una tienda de pañuelos llamada La Buenamoza. Teniendo la dirección física de la tienda, nuestro equipo se trasladó con todo su personal. Nos atendió una hermosa jovencita que luego de mencionar cuatro o cinco situaciones donde la Doña tenía protagónico, recordó, ya de último cuando casi nos marchábamos, que sí detective, por poco se me olvida, Madame Rosa huyó con nuestro échantillon. Nos explicó que el échantillon era un pañuelo de colección, difícil de encontrar, traído especialmente de Siberia, pero que en aquellos momentos no llegaban al país por una cuestión que ya no recuerdo. Le pedí que nos mostrara el pañuelo a lo que nos dio entender que sólo quedaba un modelo en la otra sucursal, la principal, que se encontraba al sur de la calle St- Jean, y que si queríamos ella misma

llamaba para que de inmediato lo tuvieran sobre vitrina. Y como un rayo, nuestro equipo salió disparado. Al llegar nos mostraron el bendito pañuelo de seda que dijeron costaba seis mil euro, que no lo tocáramos porque el acido de las manos lo dañaba. Yo se lo arrebaté al vendedor, y lo observé a trasluz. El fondo era negro y un delgado relieve crema se dejaba entrever, casi invisible con la forma de la estatua Savoir. Y listo. La pista era tontamente fácil. Nos dirigimos hacia el parque donde estaba la estatua, y cuando llegamos, justo al lado de la estatua, cerca de los árboles... parecía que se enroscaba, tenía no sé, en la punta como pelo, y peor, parecía que se movía hacia nosotros. Nuestros ojos no daban créditos de lo que estábamos viendo.

NATŪRA

—No me dejes ser orgullosa, Simón —le pidió—. No me lo permitas.

—Es tu derecho.

—Me estoy portando como una bruja. Me olvido de tus hijos — volvió a insistir.

—No solo de mis hijos — replicó Simón —. Sino también de tus nietos, del apellido, de nuestra breve estirpe. Pero no queda otra, mujer, no queda otra. O eres tú, o soy yo, y si te eliges, tal vez haya, en otro momento, otros más...

La mujer, de inmediato, sintió un remordimiento en el bajo vientre como si aquellas palabras (que solo ella escuchaba) hendiesen por dentro. Simón, mientras intentaba chuparse el dedo, se encorvaba un poco más y de vez en cuando, si ella no respondía daba una ligera patadita:

—Si te escucho, Simón, te escucho. Pero trata de entenderme también, hijito, que no es fácil, o acaso crees que yo...acaso, eso piensas mi Simón.

Simón tardó en responder. Meditaba, allí suspendido, como ánima que intenta, arqueando la piel de las cejas, abrir los ojos llenos de agua. Luego le dijo que no debía preocuparse por nada. Que la *natūra* viene y va, y tampoco era gran cosa lo que me esperaba afuera: estar ciego unos días; y luego gritar y llorar, y chupar y cagar, para seguir comiendo y cagando. Todo esto para que, al convertirme yo en Simón el grande, te cambie por otra mujer, si madre mía, porque si me concedes la dicha de respirar, sabes que te abandonaré de la misma forma que harías tú, si hoy me callas.

La madre no aguantó más y se cubrió el bajo vientre con un solo brazo. Luego dio unas palmaditas inútiles de consuelo. La mujer cedía...Los medicos, al fin, lograron detener la continua hemorragia. Buscaron los instrumentos precisos y le abrieron la

piel del estómago. Adentro, el niño azul se resistía aferrándose a cualquier órgano, apretaba los párpados, se mordía el labio y seguía encorvándose más hasta que unas extrañas manos lo estiraron de un golpe. La vida lo obligaba a vivir. Afuera la luz era tan diferente...

NOCTURNE IN C-SHARP MINOR, OP. 27, NO. 1

A Pepe Aguilar, quien me prestó el grito

Me despierta el grito de un bebé. Y apenas abro los ojos siento cómo el aire penetra mi nariz con su hedor acrimonioso de encierro. El bebé llora de manera tormentosa, como si fuese a quedarse mudo, como si quisiera escupir de la boquita pedacitos del pulmón. ¡Qué grito! De repente se calla. Y me doy cuenta, entonces, que la cueva donde me retienen sigue conservando su aversión a lo humano: el olvido tiene más que nunca nido en este sucio y frío calabozo. Un caos de negrura y humedad cubren las paredes pétreas que se menoscaban con mi silencio, con el silencio de todos los hombres que han estado también, aquí condenados. Ya no escucho al bebé, pero ahora, de pronto se aproximan unos pasos —supongo que desde el fondo del pasillo— al lugar donde me hallo. Ese andar lento y decisivo del hombre que sabe acercarse, me alivia. Me dice que todo esto acabará. Bendita sea aquella marcha recluta que, ya de memoria, sabrá que al instante de entrompar nuestra mirada serán los suyos los últimos ojos que se quedarán en mi memoria. ¿Saben que olor tiene la muerte? Pues se los digo, acaso, llenándome del pecado absolutista: La muerte huele a madera quemada.

A veces, cuando tarde nos sorprende el final, esto es, desnudo y cubierto de sudor y llagas, con la boca sedienta, con el alma solitaria y el cuerpo encadenado como hiena embarrotada en bagazos excrementicios mezclados con los cabellos —intenté mantenerme lo más limpio—; A veces, repito, las porquerías cobran nuevas dimensiones: Se convierten en nuestros aliados. Son estas últimas penurias, si bien se mira, las que nos llevamos al otro lado del mundo. Cuando el final se abre ante nosotros como un ventanal, se nos urge simplemente a pensar; Sólo a pensar. Y es que la batalla de momentos que irrumpen en ese instante, ajustado al ritmo galopante

del aliento cortado exige, de ya, que no podamos hacer otra cosa. Pensamos para apropiarnos de las viejas sensaciones, pensamos para engañarnos, para que al momento en que la soga abraza el cuello, sean entonces, en nuestra mentira, no la cuerda lúgubre de la justicia que pronto acabará con la garganta, sino las manos suaves o callosas de los seres que más amamos en nuestra vida.

Gracias a mí conoces la fragancia de la muerte. ¿Sabes, ahora, cómo gime? ¿A qué suena? Es el sentido del ritmo el primero que desarrollamos los humanos. Siendo fetos logramos coordinar nuestra minúscula vida al latido visceral de la madre; por ello, ha de esperarse que el individuo considere cardinal el silencio. Todo aquello que tenga ritmo, precisa de una pausa de silencio. ¿A qué suena la muerte? Te lo digo: Suena a bota de soldado pisando un charco de agua; suena a grito de bebé, suena a llanto que se libera como queriendo mojar todo lo que se mueve. Una pausa: A lo lejos se alza la imagen de una mujer: Mi madre, y me tiende los brazos, y me sonrío.

SE SIGUE LLAMANDO MÓNICA

Primera parte

Sudáfrica 27 de julio de 1964.

Rivonia, Gauteng,

En algún lugar de tu vida quiero despojarte de todo lo que a mi te ata, por ello he recurrido a los medios tan tuyos de plasmar por escrito la separación de nuestros cuerpos. Mi mayor urgencia es encontrarte con vida para puedas leer estas letras que al ser cortas no dejan de ser menos importantes para mí, pues con un dolor en mi alma seca debo decirte que serán las últimas. Espero encontrarte en algún lugar pasajero donde nuestras mentes descansaban luego de la entrega nocturna. Permíteme confesar cuanto amor siento hoy más que nunca por ti. Perdona si no fue suficiente mi búsqueda, si al soltarte las manos sentiste que de ti renunciaba, pero no existe un espacio en mis letras que no traduzca una verdad tan absoluta como el amor que por ti, amada pálida, siento.

El morir puede asustar a muchos y te diré a quiénes, con toda honestidad, la muerte no siente bien: los blancos por ejemplo, que estando en su lecho no tendrán mayor condena que su propio remordimiento y que el ángel del suelo se encargará con su arma de recordárselo hasta abrirle yagas por todo su cuerpo. Pero a mí, que soy un hombre de pensamiento libre la muerte me sienta plena, amiga, y hasta cordial, mira a éste carcelero que se ha apiadado de mi alma en condena ofreciéndose hacerte llegar éste sobre. Tengo tantos pensamientos y tan poco tiempo y en la vida cuando se está a punto de morir, lo que más se quiere son dos cosas, agradecer y estar con los nuestros y tú, amado ángel caído del infinito eres mi esposa ahora desposada y quiero agradecerte todas las formas que inventaste para amarme sin una medida y en lugar y tiempo no adecuado. No pudimos envejecer en tu patria, ni comprar la casa de techos

altos de las que tanto me decías, pero prometo que mañana resguardaré de ti como ángel guardián y que algún día, cuando no pueda más enviaré una señal para que podamos encontrarnos en el lugar que merecemos. Ya inventaré alguna estrategia en el paraíso seguramente en compañía de Ángeles negros, mestizos, indios y porqué no, hasta blancos. Así que espérame porque más temprano que nunca haré de ti, en el cielo, una celebración, una costumbre, una patria de modo que cuando se pronuncie tu nombre debamos persignarnos en honor de tu santa pureza. Me despido con todo el amor que un hombre pueda sentir. Gracias por estar aquí en mi encierro, en mi lucha y perdóname por soltarte, aquel día, las manos.
Siempre tuyo, Ahmed Sisulu.”

Año 1948. Sudáfrica.

El partido Radical Nacionalista en coalición con el Partido Afrikáans ha conseguido la victoria en las elecciones del año, respaldando de forma jurídica las leyes que darían la base a lo que se conoce como “El apartheid”. Desde hacía algún tiempo se venía dando esta segregación entre negros y blancos en el país africano, pero no ha sido a partir de hoy que se establece de manera jurídica esta política. La población negra conformada por el 80% en su totalidad debe establecerse en los diez estados que el gobierno de los blancos ha estableció para ellos. A estos estados se le conoce con el nombre de Bantustanes. La tribu Bakoena, que en lengua shona significa cocodrilo, debe establecerse en Basuto, un estado de negros y años más tarde, como se sabe, una de sus mujeres habrá de escapar hasta Inglaterra para morir sus días como sirvienta de la casa. Dos años más tarde, 1950, se establece que todo aquél no blanco, mestizo, indio y negro, debía portar una tarjeta de identidad para transitar dentro del país,

excluyéndolo de lugares públicos establecidos sólo para blancos. De ésta manera se establecieron medidas extremas aislándolos de actividades políticas, sociales, religiosas y hasta conyugales, ya que el sexo interracial era prohibido, por normas elementales advirtiendo censura a todo negro que aspirase aquello que fuera prohibido por ley. Este movimiento trajo como consecuencia un rechazo total y preponderante por parte de la raza afectada, creando en el año 1959 la organización denominada “Congreso Nacional Africano”, conocido antes del año 1923 con el nombre de *South African Native National Congress* en su versión original. Ese mismo año, un grupo perteneciente al C.N.A decide salirse de su línea para crear una organización más radical conocida como Partido del Congreso Africano (P.C.A) cuyo objetivo principal sería organizar una protesta nacional en repudio de las leyes discriminatoria. Un año después un grupo de hombres se reunió en *Sharpevill- Gauteng* para protestar en contra de la medida que obligaba a los negros a portar pases, siendo víctimas de una masacre donde la policía abrió fuego contra los protestante, asesinando a sesenta y nueve personas e hiriendo a otros ciento setenta y ocho. Dos horas antes, Ahmed Sisulu perdería el contacto definitivo de su amada, Mónica, hasta encontrarla cuarenta y cuatro años después en el lugar menos pensado.

Mi nombre es Ahmed Sisulu, nací en el año 29 en la provincia de Masvingo en Zimbabwe. Crecí en la tribu Bitaranga donde aprendí el Shona y escapé junto a mi hermana menor hacia Harare, la capital, huyendo de la tradición de casarme con ella. En la capital aprendí inglés y me formé como escritor haciendo de mí, un hombre de simple letras y trabajando como traductor Shona- Inglés en la corte de la capital. Todo esto antes del inicio del año del “*Separatism.*” Por mandato del gobierno blanco tuvimos que partir caminando hasta Transkei, capital de Umtata que era el área donde

teníamos permitidos vivir. En la marcha, cubierta del polvoriento suelo, seco de agua y lastimándonos los tobillos pudimos apreciar, si es que el verbo justifica la acción, que todo aquello carecía de baños, agua, electricidad y elementos vitales para llevar una vida normal. No me quejaba yo de aquellas negligencias pero si las embarazadas y los niños que pertenecían a un poco menos de la mitad de los casi tres millones de nosotros que tuvimos que salir de las zonas de los blancos. En algún momento quise pasarme por mestizo pues mi piel tinta, menos oscura que los demás me hubiese permitido privilegio que los negros, como nos llamaban, no teníamos pero no faltaba que los guardias expertos en sus actividades me registrasen las encías advirtiéndome que cualquier otra falta mía pararía directo en la cárcel. Así tuve que conformarme con portar lo que para mí era una tarjeta que nos marcaba como ganado haciéndonos extranjeros en nuestra tierra. Extranjeros ellos, los pálidos que desconocen la tradición de este lado del mundo, cuyo sol más fuerte, más alegre, nos potencia haciéndonos el lugar más alumbrado del mundo, pero eso ya no es importante, no ahora ni en este momento.

Mi grupo fue persuadido para asistir a un lugar secreto donde todas las noches nos reuníamos hombres y mujeres a escuchar los planes de un grupo cuyo objetivo nos incitaba a revelarnos contra toda la discriminación de la que sin justificación éramos víctimas. ¿Qué les hacía pensar a los pálidos que nosotros por ser más oscuros, diferentes en apariencia, éramos una raza inferior? Ellos destacaban nuestra ignorancia en temas relacionados con la política, o algunas tonterías provenientes de su continente, pero razón tenía uno de los hombres que me gustaba leer, Oscar Wilde, cuando afirmaba “la educación es algo admirable, pero es bueno recordar, que nada que valga conocerse puede ser enseñado”. ¿Entonces por qué no imitan sus iguales aquél anémico que no es víctima de tanta torpeza?

Mi hora se aproxima y con ella el dolor que mi alma presencia al irse de mi lado la única excusa que me permite abandonar este cuerpo que el día de mañana habrá de

exterminarse: mi esposa. Fue en el mejor de mis días, hace cuatro años, cuando varias mujeres de piel blanca nos sorprendieron en el cuarto escuchando de manera atenta a unos seguidores de Mvumbi (1) y aplaudieron de manera efusiva junto a nosotros aquel discurso que nos incentivo a tomar acciones más radicales sobre nuestro futuro como pueblo libre. A partir de ese momento, tuvimos un acercamiento especial, pues después de nuestras reuniones sus ojos azules rebeldes me buscaban entre la multitud y mi vista latiendo y violando su piel la descubría mirándome y así comenzamos una hermosa relación, yo llenándome un poco de ella, su belleza y gran inteligencia y ella de mis cuentos de infancia, de mi tribu y de mi carácter guerrero. No olvido su piel suave como las telas finas de su tierra natal, sus labios escarlatas que sorprendían con una fragancia dulce y sus manos atando mi cuerpo, que negro y robusto, a su lado parecía una roca dura, áspera pero segura. Tiempo después nuestro grupo se organizó en más de miles para marchar en Sharpeville, haciendo frente a medidas absurdas que se tomaban en contra de nuestra gente, y de una vez por toda acabar con los desgraciados pases que nos marcan como cerdos, o animal de algún ganado. Fue allí entonces cuando los primeros disparos nos sorprendieron en la estación de policía porque centenares de nosotros nos entregábamos para ser detenidos por no llevar los pases y la policía arremetió a plomo suelto contra nosotros, hiriéndome por la espalda, a la altura del hombro y alejándome de ella por todo este tiempo. Estuve recluido en el hospital de nosotros y pensé que podía encontrarla pero fue inútil porque mi espera sólo se llenaba de angustia, dolor y tristeza al pensar que ella habría muerto.

Nos casamos un mes antes del atentado, en secreto, donde seguimos un poco de su tradición y un poco de la mía. Yo tuve que hacer un anillo de ramas secas que redondeara su anular y ella tuvo como muestra, agradecer el detalle con la tradición africana: Quemarse las puntas del cabello. Un papel selló nuestra boda porque en su tierra todo debía estar inmortalizado en un papel y por mi parte mis pasiones marcaron todo su cuerpo. ¡Porque realmente la amaba! La busqué por todos los

medios, días y noches, preguntaba a las pocas blancas que compartían con ella y que estaban por marcharse pero ninguna supo darme razones, ni ubicación. El tiempo pasó y mi corazón estaba marchito. Mi fuerza por ser un pueblo libre seguía urgente pero mi alma de escritor aventurero aún yacía enterrada debajo de aquella piel pálida. Seguí entonces mi rutina como siempre, en lucha de la causa y luego de memorizar palabra por palabra la campaña de desobediencia civil que años anteriores había declarado Rolihlahla (2), participé e inclusive fue motor principal de varios alzamientos que hasta el caso Sharpeville no habían sido violentos y sin cargo judicial alguno; sin embargo, me arrestaron en las afueras de mi casa por orden del primer Ministro(3) habiendo declarado un estado de emergencia en el país por culpa de nuestras acciones. Más de miles de inocentes fuimos encarcelados con la esperanza de ser liberados al no haber ejecutado un genocidio y fue entonces luego del Juicio de Rivona, cuando nuestros líderes fueron sentenciados a cadena perpetua y los demás, como yo, condenados a muerte.

Aquí me encuentro entonces con todos los pensamientos revoloteando mi cabeza y los recuerdos que han marcado mi personalidad libre. Prefiero morir libre que vivir bajo éste encierro. *Shijuka*, buen hombre, ha escuchado mis penas. Los motivos que mueven nuestra existencia y ha prometido, bajo un pacto, que te hará llegar mi carta. La discreción pide un sin fecha en el sobre. Sólo esta frase que pudiera ser interpretada en nuestra lengua y de este modo, si un hombre blanco ha de inspeccionar, cosa que no temo, pueda su ingenio carecer de tanta malicia y dejarla pasar sin romperla pensando que dicho sobre se destinase a un no blanco. He decido titularla de prudente manera. Una rúbrica que conmemorase aquellos momentos cuando en el hospital donde trabajabas como voluntaria, las asistentes no entendían tu idioma y sólo cuando ese índice lánguido señalaba la sala de aquellos recién nacidos y nerviosa, presa de tu vergüenza balbuceabas “Vana Varikuchema” logrando así que por fin una de ella te auxiliara: Los niños están llorando.

Por orden de ley, Ahdmed Sisulu, junto a veinticinco prisioneros fueron fusilados el 28 de julio de 1964 en las afueras de Chiawelo “lugar de descanso” a las 16:00 horas de la tarde del viernes. Mónica perdió contacto definitivo con él aquel día de la matanza de Sharpeville retornando a Inglaterra en un vuelo de emergencia junto a otras mujeres de su organización. Sólo tres aldeanos que servían de ayudantes en el hospital pudieron escapar, a escondidas, con ella. Cinco años después contrae matrimonio con el profesor de filosofía Jun Altuviez y por llamado del abogado Peter Benesson se integró a las filas de los activistas más importante de la fundación joven que años más tarde, en el 77 sería galardonada con el Nóbel de la paz haciendo de *Amnistía Internacional* una de las fundaciones más importante en la lucha a favor de los derechos humanos a escala mundial. Mónica decidió omitir su primer nombre en el acta de matrimonio, renunciando al apellido de su esposo y siendo conocida hasta el final de sus días como Sophie Tudor, en alusión de su nueva vida lejos y tal vez para olvidar cosas del pasado que aún en su corazón atormentaban.

- (1) *Mvumbi*, nombre zulú para Albert Jhon Lutuli, profesor y político surafricano. Galardonado con el premio Nóbel de la paz en el año 1960 por su lucha contra el Apartheid.
- (2) Rolihlahla Mandela: Nelson Mandela.
- (3) [Hendrik Frensch Verwoerd](#).

Segunda Parte

La mujer celebra su aniversario de vida número setenta. Sobre la mesa un mantel claro, tejido a mano cuya textura es suave al tacto. Sobre el mantel, cubiertos de plata, dos tenedores a la izquierda, un cuchillo a la derecha, una cuchara al borde superior creando un espacio cuadrado donde se colocará el plato, y más arriba, una cucharilla

para el postre. Muy cerca dos copas, una para el agua, otra para el vino. De las sillas, dos, una en cada extremo donde la honrada ocupa la cabecilla y como reflejo de su imagen un esposo. Otras seis, que empezando por el lado derecho de la cumpleañera, lo ocuparían dos hijos y cuatro invitados de honor y del otro lado del rectángulo, de la misma manera y casi con la misma distancia otras seis sillas ocupadas por otros iguales al anterior: dos y cuatro, hijos y amistades. Todos visten atuendos dados a la ocasión, matices más bien oscuros que pese a la formalidad del almuerzo la alegría del entorno es casi tan contagiosa que los empleados no tardan en sonreír con disimulo, guardando cierta distancia y a la espera de que se alce alguna mano: «Más agua por favor», aprovechan y no tardan para distender una sonrisa entre dientes sobre algunas bromas que se hacen sobre la mesa. Una de las hijas observa a la madre y sonríe al notar el collar que guarda su cuello y piensa en toda la grandeza que tutela aquella dama, dueña de un carácter de huesos risueños cuya mirada teñida de azul delata un atisbo grande, circunferencia casi brillante que hace de Sophie Tudor un modelo fascinante; vetusta por sabiduría y admirada entre los suyos representa un dechado de inusitada entrega, pasión y dedicación por los seres más indefensos del planeta. Nace en el año 1934, dedicando la mayor parte de su vida a labores activistas en favor de los derechos humanos en todo el mundo. En su juventud recorrió países del continente africano y asiático terminando por establecerse en Inglaterra para crear, años más tarde, su propia fundación. En innumerables ocasiones ha sido propuesta como candidata al premio Nóbel de la paz por la ardua labor que desempeñó en diversos casos que trataban el asunto correspondiente a “El Apartheid” entre 1949 y 1962. En el año 98 fue galardonada con el premio “*Luces Blancas*” que entrega la asociación del espíritu libre en Europa; sin embargo, rechazó tal laurel por “escapar del foco público” como ella misma afirmó en el programa de televisión británica *Bio*, en conmemoración de los diez años de la creación de la fundación Pro derechos, organización que lucha por la equidad de tratos en los niños de Latinoamérica. Fiel

admiradora de la cantante Zimbabwense *Stella Chiveshe*, cuando fueron presentadas por vez primera en el programa de aquella noche: “*Mi admiración por la música de Stella empezó el primer día que escuché Vana Varikuchema mientras almorzaba con mi esposo en un lugar de comida exótica. Poco conocía del idioma en que eran entonadas, pero aquella frase que repetía con su voz particular de forma incesante fue suficiente para remontarme a la época más importante de mi vida y sentí por vez primera como un relámpago de clemencia recorrió toda mi historia hasta transportarme al lugar donde me inicié como activista en favor de la paz mundial*” agregó al momento de preguntarle sobre su particular admiración por la música africana.

Casada desde hace treinta y nueve años, vive con su esposo en las afueras de Crawley, al sureste de Inglaterra, compartiendo morada con personas de confianzas dedicadas al servicio doméstico del hogar: dos ayudantes y un mayordomo todos de origen Zulú. Hoy, 8 de abril del 2004 acontece su cumpleaños y a punto está la setentañera de escuchar las primeras palabras de honor que su esposo ha de pronunciar por motivo de celebraciones variadas: -

—A Dios gracias por tus años, por nuestra hermosa familia y por la unión que sólo tú y yo hemos sido testigo de tanto amor. Salud – dice.

Todos alzaron sus copas. La mujer observa con ternura su anular izquierdo y da vueltas a la sortija de oro blanco, pues su glamour no resiste otro metal, y comprueba la claridad de la piel que el tiempo no ha sombreado por tantos años en aquella parte del dedo. Uno de los invitados de honor prosigue a levantarse del asiento pues no falta otra cosa que complementar las palabras del esposo y suspendiendo su copa en el aire no termina de abrir los labios cuando el timbre de la casa se hace escuchar interrumpiendo de forma brusca el ágape. Los dos morenos atentos a lo acontecido actuaron con buen hacer. «Un poco de agua, señor. » «No, gracias. » «Como guste. » Y la morena de confianza, menor en años que la anfitriona, acudió expedita hacia la

puerta. Mientras en la parte superior de la casa, pausa prudente, porque “podiera tratarse de otro invitado” pensaba uno. La doña miraba a su esposo y a los hijos cuestionando aquel incidente con su mirada de “quién puede ser si no he invitado a nadie más”.

La negra, que trabajaba años con su matrona, confidente o amiga, de acuerdo al rol del día y conociendo muy bien los convenios de protocolo y etiqueta que en la casa eran tradición volvió hacia la mesa sin levantar sospecha de que lo acontecido era situación inesperada y esbozando la sonrisa de Mona Lisa sobre los invitados los miró pensando “No se queden callados entrometidos que sólo a una persona éste recado incumbe” y se dirigió al oído que la esperaba:

—Patrona, un joven de las afueras del pueblo ha venido a verla.

—¿Qué quiere?- preguntó ella.

—No lo sé patrona pero dijo que urgente tiene algo muy importante que decirle.

Los presentes, correctos en sus formas de afrontar cualquier situación que pudiera rayar en lo incómodo disimulaban con una plática espontánea sobre cualquier cosa, el clima digamos y otros respondían de cualquier otra cosa, política, lo importante era mostrarse distraídos, hablar y de reojo observar entre sonrisas a los interlocutores:

—No puedo recibirlo, Shaka – y arrastrando la voz continuó diciendo a la morena -: que deje nombre y teléfono y a la brevedad me comunico con su persona. No este fin de semana, pero no más tarde de las dos próximas.

Shaka mostrando reverencia y respeto se retiró del lugar, sin dar la espalda, hacia donde estaba el hombre que la esperaba en la puerta. Abrió despacio, sintió una brisa húmeda sobre su rostro y observó al joven con afán de encontrar algún parecido. Fue inútil. Era de cabellos rizados, rubios y de unos veinte años de edad:

—Mi patrona no puede recibirle pero con gusto lo contactará si le deja cualquier dato suyo, joven. ¿Se trata de algún caso en particular, un niño?

—No, señora— replicó—. Antes de morir mi abuelo dejó unas pertenencias y una de ellas era éste sobre — y mostró una correspondencia crema, ajada, oxidado por el tiempo, con un matasello que databa del año 1964.

La negra tomó el sobre y leyó una frase en tinta negra, a pulso en lengua bantu: *Vana Varikuchema*. La mujer sin ocultar su impresión examinó a través de la luz el contenido pero fue inútil tanto escudriñar:

— ¿Por qué piensa que pertenece a mi patrona?

A lo que respondió el joven:

—Hace dos semanas vi el programa de televisión donde entrevistaron a la señora Tudor y en el momento que ella hizo alusión a esta frase, que en vida yo había escuchado supe que algo tendría que ver este sobre y aquella mujer. Mi abuelo fue carcelero en un pueblo de Sudáfrica y nos mencionaba que antes de morir debía cumplir una promesa y que si la muerte le sorprendía temprano alguno de nosotros cumpliésemos con su palabra. Mi abuelo no pudo encontrar jamás aquel destinatario pues de mujeres rubias, ojos azules, piel rosada y de contextura esquelética está lleno casi toda Inglaterra y, para complicar el asunto, como puede ver sólo reza esta frase que no está en idioma conocido, al menos no por estos lados del mundo. Al momento de su muerte — continuó— como si no hubiese otra cosa más importante, aparte de heredarme un baúl de colecciones de botellas vacías, y un manojo de billetes antiguos que mi padre ya me desheredó, me ha dejado éste sobre, o yo diría encargo, que por ser yo el mayor, su confianza me encargó tan ardua labor que no pude rechazar, pero mire usted que nada ha sido más difícil en vida que encontrar algún cabo que suelto o no suelto me conecte con algún posible destinatario y no me he querido ir a la tumba, como ha pasado con el abuelo sin cumplir con el encargo; así pues, suplico señora que

quite éste peso de mí, que con los años se fortalece. Reciba usted el sobre que de seguro su patrona, como la llama, ha de saber al menos su procedencia.

La negra que poco entendió aquellas palabras se limitó a recibir la esquela, más por curiosidad que por compasión y le extendió un lápiz y papel:

—Su nombre y teléfono, por cualquier cosa —dijo.

—Me place —respondió el muchacho con un exagerado entusiasmo y con la misma que vino se fue.

Shaka de inmediato subió las escaleras caracol que dirigían hacia donde estaban reunidos los presentes y los descubrió comiendo de entrada una ensalada de tomate y *mozzarella*, calamares fritos y unos Mejillones en salsa blanca. Una vez más hizo una ligera venía dirigiéndose hasta Sophie:

—Una carta de Bakoena.

Parecía que la negra sospechaba el origen del sobre y la anciana con un mandato firme y con el corazón que retaba la mirada indicó que dejara aquello sobre la repisa de noche, al lado de la cama.

—Lo abriré en la noche, gracias Shaka – y continuó degustando un calamar frito que moría atrapado entre el cuchillo y el tenedor sobre el plato. Mordió un bocado, lo saboreó y fue cuando empezó a inferir sobre el origen de la misma, entonces la piel blanca de la anciana tornó a un rojo, que de tan blanca las mejillas de los poros florecían salpullidos rozados como si los calamares que por años degustaba con tanta debilidad y pasión ahora estuvieran manifestándose en forma de alergia. Aquella reacción era más bien típica del cuerpo cuando sus nervios arañaban la dermis de la piel con ansias de brotar en forma disparatada, luego un ligero temblor se apoderó de la mano derecha y su hermana, la izquierda no respondió a las órdenes del paladar:

—Que me pases un poco de sal— ordenaba el gusto y la mano sin poder moverse reposaba muerta sobre la mesa.

El día transcurrió en medio de un almuerzo formal, llamadas telefónicas congratulando a la mujer, regalos por parte de fundaciones amigas, personalidades honorables y en horas de la tarde, en un lugar de tertulia y degustando el té, conversaciones amenas rodearon la casa que poco a poco se llenaría de invitados sirviendo de antesala a la gran fiesta del mes y gala de un viernes santos muy celebrado en aquellos semejantes un tanto devotos. Al final de día, cuando la noche entraba con una luna de madrugada, mientras su esposo despedía algunos invitados en la puerta, ella dispuso su malestar como excusa para adelantarse al cobijo de su recamara en busca del sobre. Con su frecuentada parsimonia tomó lugar al borde de la cama. Sentó su cuerpo sobre ésta dejando sus pies pegados al suelo, la espalda recta y los nervios atentos. Tomó el papel antiguo que desprendía un olor de encierro y lo abrió de manera delicada. El color ocre de la hoja tenía una fragancia a tierra sufrida, con unos rastros en tinta negra de un pulso cansado, joven y eterno, las líneas corridas con una caligrafía perfecta y con cierto grado de inclinación hacia la derecha. Leyó las primeras líneas, la fecha y la procedencia de aquellas letras y un suspiro más del corazón que de la memoria soltó en forma de aliento seco. Sufrió el mismo impacto cuando escuchó por primera vez la canción de Stella Chiweshe en el restaurante, pero esta vez ni la tos, ni “voy al baño porque siento una molestia en el ojo y lo que en realidad quiero es llorar” fue suficiente en este momento para evitar que un ácido se formara a la altura de las amígdalas, espesando la saliva y obligando aplaudir al corazón. Por otro lado en una dimensión física diferente dos hombres presenciaban aquello que uno, el más viejo de todos, riendo a carcajadas decía al otro con su aire de abuelo con palabra: «te lo dije, te lo dije. »

La anciana terminó de leer la carta dejando escapar un aliento que recordaba las zonas áridas del África. La piel continuó tersa y un rumor de vapores se precipitó dentro de su garganta. Desde allí nació un manantial que los ojos contenían y por compasión de

la vista intacta liberó una lágrima presa que descansó en el gusto en forma de mar salado. Luego la borró de un manotazo. Sostuvo un suspiro. Tomó la delicada hoja que aún mantenía el aroma de vejez y de tierra sufrida de aquellos tiempos y la dobló con un arte de mujer delicada, guardando el sobre en un lugar secreto. Luego se acostó y esperó que todas las luces y ruidos de la casa cesaran. Sintió a su esposo en su regazo que éste volvió a ella con un beso de despedida sobre la frente. Al día siguiente no quiso levantarse pero la claridad del día disipó aquella voluntad y la negra Shaka que tan bien la conocía supo que la carta provenía de aquel hombre que en mutuo acuerdo decidieron borrar del recuerdo:

— ¿Todo bien patrona? – preguntó y ella con un ligero movimiento de cabeza asentó.

— ¿Todo bien amiga? – volvió a preguntar la negra y la mujer delató esa mirada de figurita de cristal. Desde ese momento no volvió hablar más. Las facciones envejecieron, su boca mantuvo una delgada línea horizontal que sólo para comer se abría y sus ojos claros se volvieron transparente. “Tenía la mirada como si ya hubiese muerto” decía el mayordomo. Dos años tardó la anciana en renunciar a una vejez serena. El día de su muerte acudieron al velorio las figuras más importantes de la elite inglesa y entre ellos, un hombre un poco mayor, de áspera barba y piel negruzca que se acercó a la tumba de la anciana con una devoción espiritual. Con cierta fascinación acarició el cristal de la tumba murmurando unas palabras que se escapaban como cosidas a la lengua, luego soltó un profundo respiro. Los morenos que residían en casa de la patrona se acercaron mostrando condolencia y lo llevaron a un lugar despejado. Shaka, de un bolso negro, extrajo una bolsa crema que entregó al hombre: un papel, unas ramas secas en forma de anillo y un sobre marchito en las esquinas. El hombre lo recibió sin apesuro, lo guardó en un maletín de cuero marrón que traía consigo y continuó llorando hasta el final de la noche.